

ANALES DE LA ACADEMIA NACIONAL DE FARMACIA

AÑO I

MADRID, 31 JUNIO DE 1932

NUM. 2

EL CENTENARIO DE MUTIS

Discursos pronunciados en la primera conferencia, del Dr. D. Blanco Juste, el día 31 de marzo, publicada en el núm. 1 de estos ANALES

EL DR. ZÚÑIGA
PRESIDENTE DE LA ACADEMIA

Excmos. Sres., Sras. y Sres.:

En nombre de la Academia tengo el gusto de dirigir un cortés saludo de bienvenida al Sr. Subsecretario de Instrucción pública, al Sr. Ministro de Colombia, a su distinguida esposa y a la brillante representación de la colonia colombiana de Madrid, que por primera vez nos honran con su presencia.

La Academia estaba deseosa, Sr. Subsecretario, de demostrarle su gratitud por las innumerables atenciones y beneficios recibidos de su simpatía, doblemente agradecida por cuanto que no ha mediado entre nosotros ni siquiera relación personal hasta hace tres días, y todo lo que ha merecido la Academia del señor Barnés ha sido sin duda debido al conocimiento que ha tenido, en el ejercicio de su cargo, de una Corporación de tan brillante historia y que da muestras de constante laboriosidad.

El Sr. Barnés ha hecho beneficios a esta Academia tan grandes, que es como si la hubiese levantado de su anterior asiento de tierra movediza y la colocara sobre roca inmovible.

Los vaivenes de la política alejarán tarde o temprano al señor Barnés de la Subsecretaría de Instrucción pública; pero en esta Corporación se ha labrado, con su espíritu selecto y su simpatía por la clase farmacéutica, un nombre que nunca se borrará, porque irá unido a la consolidación definitiva de esta vieja Sociedad en el mundo científico.

Todo lo que somos nos lo debemos a nosotros mismos. Es insignificante la ayuda que hemos tenido del Estado, hasta que el Sr. Barnés ha llegado a la Subsecretaría de Instrucción pú-

blica. Reciba, pues, en nombre de la Academia, de su Junta de Gobierno y de todos y cada uno de sus Académicos el más efusivo testimonio de gratitud por su noble actitud y por la protección que nos ha dispensado.

La celebración de este acto, de marcado sabor hispanoamericano, es uno más de los muchos que ha celebrado esta Corporación por la unión espiritual de España y América en el sector de su profesión; conservando cada pueblo su personalidad, mantienen una unión inquebrantable por los vínculos de la sangre, que son indestructibles. En cierta ocasión decía en un mensaje a los farmacéuticos argentinos, hablando de esta solidaridad hispanoamericana, que se asemejaba a las constelaciones estelares, y ponía el parangón del poético símil de aquella linda comedia de Benavente, "El collar de estrellas", diciendo que, así como los astros a los que separan espacios incommensurables aparecían, vistos desde la tierra, como collares de estrellas, así se verían, desde la atalaya de la Historia, a España y a las naciones de su raza: como un collar de estrellas, del cual España era el broche y Colombia la perla de más valor que remata la joya. Uniendo este collar estaban los descubridores del nuevo Continente, los exploradores de sus tierras, los civilizadores de sus habitantes, y por el ideal hilo de engarce corría la sangre española que riega veinte naciones y se transmitía la gloriosa lengua que se forjó en Zocodover, que hablan cien millones de hombres.

Pues cuando, en la rotación de los tiempos, suene la campana de los años con la misma vibración que acompañó los trabajos o la muerte de uno de sus grandes hombres, el pueblo que recibió el fruto de su vida se pone en pie y, en lugar de concentrarse en sí mismo para conmemorar una fecha histórica, dirige los brazos y el corazón a la Madre de Naciones y le dice: "¡Honremos juntas a nuestro héroe!"

Esto es lo que ha hecho la noble República de Colombia, la más española de todas las americanas, al acercarse el segundo Centenario del nacimiento de Mutis.

Por su representante en Madrid se ha dirigido al mundo científico, y esta Academia no podía mostrarse sorda a la voz que se oía para honrar a un sabio hispanoamericano que tanto

influyó en el descubrimiento de la quina, en su importación a España y en el estudio de la flora de Nueva Granada.

La Botánica ha sido siempre patrimonio de la Farmacia, y su Corporación más antigua, con la representación de la misma, se honra hoy en adherirse a este homenaje a una legítima gloria de España y de Colombia.

Yo ruego el Sr. Ministro transmita al honorable Sr. Presidente de su nación y a su Gobierno el respetuoso saludo de esta Corporación, a la vez que formula los más fervorosos votos por su ventura personal.

DON JOSÉ JOAQUÍN CASAS

MINISTRO DE COLOMBIA

Sr. Presidente, Sres. Académicos:

Pocas palabras, pero ellas muy sinceras, muy sentidas, muy fervorosas, para saludaros y agradeceros la presteza y el esplendor con que correspondéis al llamamiento de Colombia a enaltecer la memoria del sabio sacerdote D. José Celestino Mutis, gloria de la ciencia española, honor de mi Patria, magnífico ejemplar de nuestra raza.

Está muy bien que la ilustre Academia de Farmacia de Madrid haya querido ser la primera en las solemnidades de homenaje al inmortal gaditano neogranadino, entre cuyos mejores timbres está el de haber sido maestro insigne de la Medicina y ciencias afines y auxiliares de ellas, en las que hizo muchos y prodigiosos descubrimientos que honran para siempre su genio investigador y su corazón de apóstol.

La preciosa ciencia de la Farmacia, inseparable gemela de la Terapéutica, y que tan notables progresos ha hecho en Colombia, habiéndose establecido hace poco una Facultad suya en Bogotá, se complace en reconocerse deudora del gran Mutis, cuyo nombre, que unido con el de Caldas se nos enseña allá desde la escuela, es popular entre nosotros, precedido del calificativo antonomástico de "sabios".

Colombia ama y venera la memoria del sabio español, cuyas cenizas guarda en sitio sagrado, cuyo emplazamiento conocemos, aunque no hayamos podido precisarle, ni aun mediando activas diligencias, como ha sido imposible hasta hoy deter-

minar el sitio de la sepultura de Cervantes en la gran capital española.

Sea ésta la ocasión de que se establezcan, y yo así lo propongo, en la confianza de ser pronto correspondido, cordiales relaciones entre los cultivadores de tan preciosa ciencia en España y en Colombia, por medio de la fundación de una Academia correspondiente en la capital de mi República.

Restáurese así, y se mantenga siempre activo entre las dos naciones un comercio de ciencia y de industrias, de obras y de afectos.

Yo me complazco en declarar hoy que nuestra cultura colombiana es ni más ni menos que una rama floreciente del árbol gigantesco de la cultura española.

DON DOMINGO BARNÉS

SUBSECRETARIO DE INSTRUCCIÓN PÚBLICA

Señoras y Sres.:

Los que, discípulos del gran maestro D. Francisco Giner de los Ríos, creemos en "el divino sacramento de la palabra", tenemos, junto con la convicción de su fecunda eficacia, el sentimiento de su responsabilidad y el temor a profanarla usándola sin finalidad ni objeto. Por eso yo me proponía no hablar esta noche, porque, en esta reunión de personas competentes y especializadas en la noble tarea de la ciencia, no podía figurar sino como un oyente más, el más ávido de vuestras enseñanzas. No me podía mover a intervenir las palabras de vuestro dignísimo Presidente, el Dr. Zúñiga, palabras impregnadas de agradecimiento por la protección que el Ministerio os ha otorgado y por la acogida cordial y entusiasta que, dentro del Ministerio, ha encontrado en mí esta benemérita Sociedad.

Yo no puedo aceptar ese agradecimiento. Un representante de la República, por modesto que sea, no puede aceptar agradecimiento alguno, porque sería para él un reproche el indicio de que había hecho algún favor. La República no hace favores, sino justicia, y los que a olla hemos dedicado nuestro más fervoroso entusiasmo y nuestra entera consagración personal no nos consideramos autorizados a administrar los intereses de la Patria sino con la máxima austeridad, y ningún capítulo se ha administrado con más seriedad y meditación que el capítulo

presupuestario de las subvenciones. Dicho, si me lo permitís, vulgarmente, toda subvención concedida por la República se ha concedido como *un negocio* para los intereses de la Patria y de la Ciencia española. ¿Cómo crear nosotros una organización que fomentase las investigaciones de vuestra especialidad, que suscitase entusiasmos desinteresados, semejantes a los vuestros, y que representase para nosotros una garantía que, siendo una interrogación ante el futuro, equivaliese a la admirable afirmación vuestra en el pasado y en el presente, y, por consiguiente, en el futuro, que no puede nunca engendrarse sino en la misma trayectoria que en el pasado y presente se traza? ¿Cómo pensar que una creación quizá artificial pudiera equivaler, aun consagrándole toda clase de sacrificios económicos, a la espléndida realidad que vosotros, día tras día, con profundo desinterés y con amoroso celo, habéis ido creando? Una subvención, pues, que os dé medios materiales para desenvolver vuestra admirable actividad, no es, repito, sino *un negocio* para el Estado, y yo, defensor austero de esos intereses colectivos, no me consideraba, por tanto, obligado a recoger las palabras del Dr. Zúñiga, aun cuando sí tenía que recoger, agradecido —el agradecido, en último término, era yo—, la cordialidad con que recogía mi cordialidad para vosotros y la simpatía con que pagaba mi simpatía personal a vuestra labor y a vuestra obra.

Tampoco me podía mover a hablar y a intervenir en esta simpática fiesta la admirable conferencia de D. Francisco Javier Blanco Juste, sobre "José Celestino Mutis, botánico y quinólogo". Me proclamo el más entusiasta admirador, después de haber sido el más atento de sus oyentes; y justamente oyéndole pensaba yo que mi presencia —que no podía tener otra significación que la adhesión del Gobierno de la República, que yo, modestamente, represento— no podía ser más justificada. La República se honra enviando un representante suyo para marcar con su presencia la simpatía y el sincero interés con que seguía estas jornadas brillantes de la Ciencia española, lo mismo que otras más amargas y oscuras en que el científico consagra su vida en la oscuridad y el silencio a la pura investigación de la verdad, su norma y su guía.

Pero la intervención del Sr. Ministro de Colombia com-

prenderéis que me obliga a recoger sus nobles y magníficas palabras con otras mías, en nombre del Gobierno de la República, que no puede oír en silencio, sin subrayar y responder con un eco entusiasta y cordial, las voces de una República hermana. Siempre he pensado —y mi conducta ha respondido a este pensamiento mucho antes del advenimiento de la República, y de que éste, nuestro magnífico sueño de los republicanos de toda la vida, se convirtiera en realidad— que nuestra relación con la América española no podía ser otra que la de una sincera colaboración para construir y, en cierto modo, reconstruir la cultura hispanoamericana.

Desde mi cátedra, en la Escuela Superior del Magisterio, y desde la dirección del Museo Pedagógico, en la que he sucedido y procuro continuar la tradición de nuestro benemérito y todavía, por fortuna, director honorario, D. Manuel B. Cosío, y, en suma, desde cuantos puestos oficiales o particulares he podido desempeñar, mi actuación ha sido siempre clara y concreta. Ajeno a la literatura y a la retórica que alrededor del hispanoamericanismo se ha desenvuelto y de él se ha nutrido a su costa y en su perjuicio, he rehuído siempre pensar si España es madre o es hermana de las Repúblicas hispanoamericanas, y de toda frase hueca, sin nervio, sin sustancia y sin sincera cordialidad y eficacia.

He pensado siempre, con pensamiento sincero y honrado, que España y las Repúblicas hispanoamericanas, por lo que hay de común en su tradición, en su sangre y en su lengua, tienen una responsabilidad solidaria ante la Historia: la de, con su tradición común y con su misma lengua, desarrollándolas y depurándolas, colaborar en la aportación que el mundo hispanoamericano debe a la Humanidad para conquistar en ella su representación y saldar su deuda.

Por eso yo, fiel a mi entusiasmo por la afirmación seria y austera de las relaciones hispanoamericanas, y, como sevillano de nacimiento, conocedor del tesoro que nuestro Archivo de Indias conservaba —manantial único para rehacer la historia del descubrimiento y, sobre todo, de esa colonización española, que por ser española, es decir, por tener las características españolas que la justicia histórica va cada día reconociendo, es una colonización en la cual los elementos indígenas y los ele-

mentos metropolitanos colaboraron conjuntamente en la obra común—, he contribuido, al lado de Marcelino Domingo, primero, de Fernando de los Ríos, después —los dos Ministros que, prescindiendo de los partidos políticos a que pertenecían, han logrado en el servicio de la República completarse—, a la creación del Centro de Estudios hispanoamericanos, que, reuniendo el esfuerzo de la Universidad hispalense, personal del Archivo de Indias y del Instituto hispanocubano, debido a la generosidad de un benemérito hispanocubano que, permaneciendo fiel a su ciudadanía cubana, deja su alma abierta a los influjos de su convivencia con España y con el espíritu español, D. Rafael González Abreu, formen un organismo vigoroso, mediante el cual la colaboración de España y de la América española permita rehacer la obra común, luminosa y henchida de porvenir y de esperanza.

Ya comprenderéis, pues, con qué entusiasmo tengo yo que acoger, en nombre de la República española, la iniciativa generosa del Sr. Ministro de esa República de Colombia, flor de la cultura hispanoamericana, proclamando la solidaridad de nuestra devoción a la epopeya admirable de Mutis, más interesante y conmovedora que las epopeyas militares, henchidas de pasión y de ambiciones.

El Sr. Ministro de Colombia, en sus elocuentes palabras, recordaba que no se sabía a ciencia cierta el lugar en que la tierra generosa colombiana recoge para ella los restos, verdaderamente sagrados, de Mutis. Y, con una asociación de ideas penetrantes y sugestivas, recordaba también que España no sabe tampoco a ciencia cierta en qué trozo de su tierra generosa habían encontrado acogida los restos mortales de nuestro inmortal Cervantes. La asociación de ideas no puede ser más discreta ni sugestiva. Toda la tierra de Colombia y toda la tierra española están igualmente exaltadas y dignificadas con acoger en su seno, anónimos, los restos de hombres que representaron la fantasía y la ciencia del común espíritu hispanoamericano.

Comprenderéis, señores, por qué el que os habla y se ha interesado tanto porque los hombres de la misma raza y de la misma lengua de uno y otro lado del mar puedan trabajar juntos para rehacer su historia en los documentos del Archivo de

Indias, tiene forzosamente que interesarse lo mismo porque esta colaboración se haga efectiva en nuestro Jardín Botánico, sobre los documentos, más vivos y quizá más fecundos que los del Archivo de Indias, que nos ofrece la espléndida colección de Mutis sobre la fauna y la flora colombiana. Esta colección, señores, que ofrece, para el que os habla, en esta intimidad de nuestro amor compartido a la ciencia y en el recogimiento de este vuestro templo a ella consagrado, esa admirable poesía de ser el producto de una labor paciente, cotidiana, concienzuda, de un hombre y de unos cuantos hombres que le secundan, consagrados todos a una tarea, al parecer, humilde, y que adquiere, en la resonancia de los tiempos y del esfuerzo, una brillantez y una aureola que ellos seguramente serían los más sorprendidos. Porque, a las grandes empresas que se inician con la máxima resonancia, el tiempo les va restando brillo y esplendor hasta quedar convertidas en meros nombres literarios, sin consistencia ni arraigo en la idealidad de una raza; y, en cambio, las empresas nobles y honradas de la ciencia y del trabajo, que nacen humildes y eficaces, el tiempo las va bruñendo y abillantando hasta darle un esplendor que heriría la recóndita modestia de los obreros que la realizaron.

JOSE CELESTINO MUTIS: SU EPOCA, CONTEMPORANEOS Y DISCIPULOS

Por el Profesor Antonio García Varela, Director del Jardín Botánico de Madrid

Conferencia leída en la sesión del día 6 de abril de 1932

Señoras y señores:

Agradezco mucho la amabilidad del Presidente y de la Junta de Gobierno de esta Academia al hacerme el honor de encargarme de una de las conferencias dedicadas a conmemorar el centenario del nacimiento de Mutis, ilustre gaditano, a quien, quizá, fuera más exacto considerar como un colombiano español, ya que tanto ha laborado por su nueva patria y tanto le ha interesado la cultura y el desarrollo científico de Nueva Granada.

La obra total realizada es enorme, no precisamente por sus publicaciones—ya que las más valiosas han quedado inéditas—,

sino por el impulso que ha dado a la instrucción superior del país, contribuyendo indirectamente a preparar la generación de la independencia de la que fué nuestra gran colonia, y hoy es amante hermana, ya que ambas—con otras más—son hijas de una España pretérita, grandiosa y heroica, cuyo recuerdo debemos conservar los españoles grabado en nuestra memoria y unido a nuestros corazones, pues sin él no tiene explicación la existencia misma de nuestra actual nacionalidad.

Claro es que en ese recuerdo debemos apoyarnos todos para aspirar a un porvenir dichoso en el concierto de las demás naciones, que no ha de ser precisamente como el pasado, sino conforme a las normas que regulen en lo futuro las relaciones de los pueblos y de los hombres, pero siempre guiados por un alto ideal, como antaño, pues nuestros errores—que admito fueron muchos—bien compensados están con nuestra obra civilizadora en América y Oceanía, en la que no escatimamos energías ni sacrificios. Llegamos—en medio de las ideas de la época y de las circunstancias que nos rodearon—hasta donde hemos podido llegar, y al despedirnos de nuestras antiguas colonias lo hicimos sin rencor (o éste ha durado muy poco), y ya cicatrizadas nuestras heridas, no anhelamos más que un amor fraterno que haga posible un común ideal, relacionado en parte con un común origen.

No debe extrañar que la Academia Española de Farmacia, que representa en estos instantes a todos los farmacéuticos españoles, haya tenido la iniciativa de organizar estas conferencias en honor del botánico Mutis. Son tantos y tan ilustres los boticarios españoles que se han distinguido en la ciencia de las plantas, que este Colegio farmacéutico, creyendo interpretar las ideas y deseos de sus asociados, organiza este homenaje a Mutis, que al mismo tiempo es un recuerdo para todos aquellos botánicos eminentes que han enaltecido a la clase farmacéutica.

Salvador y Pedrol, Salvador y Riera, Ximénez Gil, Bolós, Martrax, José Ortega, Juan Camiña, Rodríguez, Hipólito Ruiz (el compañero de Pavón), Vicente Cervantes, Boldó... y, modernamente, Lázaro, y, entre los vivientes, el grupo catalano-valenciano de Pau, Font-Quer, Cuatrecasas...

He aquí una falange de ilustres botánicos españoles farmacéuticos que honran a la clase y a la nación a que pertenecen.

Y vamos a hablar de Mutis, de su época, de sus contemporáneos y discípulos.

* * *

José Celestino Mutis, lo sabéis todos, nació en Cádiz, en 1732, y murió en Bogotá, en 1808. Vivió y desarrolló su actividad en una época relativamente tranquila en el interior (aunque perturbada exteriormente a consecuencia del pacto de familia), y en la que prestó alguna atención a los intereses culturales de la nación y de sus colonias.

Mutis estudió Humanidades en Cádiz; fué alumno de Medicina en el Real Colegio de San Fernando de esta ciudad, pasando luego a Sevilla, en donde recibió los grados correspondientes.

En la época que Mutis llega a Madrid (1757) ya se notaban los efectos de la labor realizada en pro de la paz y de la cultura por los insignes Ministros de Fernando VI D. José Carvajal y Lancáster y D. Zenón de Somavilla y Bengoechea, Marqués de la Ensenada; las tendencias opuestas de estos dos Ministros en la orientación internacional y su patriotismo hicieron posible que España conservase su neutralidad ante las pretensiones y ambiciones de Francia e Inglaterra. Don José Carvajal era culto, de carácter severo, gran patriota y de gran honradez; trataba despectivamente a los cortesanos, y decía en cierta ocasión que se le censuraba por su conducta: "Mi favor está en mi independencia, y ésta la fundo en que no profiero una mentira, no malverso un ducado, no hago ni haría cosa alguna contra mi conciencia, ni por el Rey, ni por la Reina, ni por mi padre, ni por mí, ni por el orbe entero." Con esto queda retratado el carácter del Ministro e indicadas cuáles eran las normas que deseaba rigiesen la conducta de los españoles. Murió en 1754.

El Marqués de la Ensenada ha prestado extraordinarios servicios a nuestra patria. Hombre de gran cultura, favoreció la venida a España de sabios extranjeros, que contribuyeron mucho a nuestro progreso, y procuró enviar españoles a las demás partes para observar sus adelantos.

Inició la apertura del canal de Castilla; fundó el Colegio de Medicina de Cádiz (donde estudió Mutis) y el Observatorio Astronómico de esta ciudad, en donde probablemente se ini-

ciaría nuestro ilustre naturalista en los estudios astronómicos, que también ha cultivado posteriormente en Bogotá; aumentó y reorganizó la Marina y dedicó especial atención a los asuntos de América.

Envió a Venezuela, en 1753, a Loeffling, discípulo predilecto de Linneo, en unión de otros botánicos, Condal y Pastor, quienes desembarcaron en Cumaná. Murió en la Guayana tres años después. Dejó escrita la *Flora Cumanensis* y el *Diario de viajes*.

Después de la caída del Marqués de la Ensenada, por una intriga política de Ricardo Wall, se continuó, sin embargo, prestando atención a los estudios de Historia Natural, y se funda el Jardín Botánico de Migas Calientes en 1755, hasta que veinticinco años más tarde se trasladó al paseo del Prado.

Esta era la situación cuando, en 1757, llega Mutis a Madrid, con todos los entusiasmos con que llegaban a la Corte los jóvenes provincianos y de valer.

Pronto destaca Mutis su personalidad en Madrid. Regentó la cátedra de Anatomía y se le propone, entre otros jóvenes, para ampliar estudios de Ciencias Naturales en París, Leyden o Bolonia.

Durante los tres años que ha estado en la Corte no cultivó solamente la Medicina, sino que dedicó preferente atención a las Ciencias Naturales, y especialmente a la Botánica. El mismo dice que procuraba pulir sus conocimientos botánicos en compañía del célebre Dr. Barnades en el Jardín de Migas Calientes, en donde se agrupaban alrededor de Quer, no sólo los que les interesaba el estudio de las plantas, sino todos los que tenían afición a las Ciencias Naturales en general, y a cuyo grupo había llegado la convicción profunda de que era necesario realizar un esfuerzo para que nuestra nación no quedase rezagada sensiblemente en el cultivo de esas ciencias.

Con ese grupo estaba relacionado el célebre P. Sarmiento, amigo de Linneo y de sus discípulos Loeffling y Alstroemer, y que fué, sin duda, en aquel tiempo el español que manifestó mayor entusiasmo por la Historia Natural. Para él, la Historia Natural era el fundamento de todas las Ciencias humanas. "No digo—advertía—que el que sepa solamente un poco Historia Natural sea un científico; pero digo que no se puede llamar científico al que no posee medianamente el conocimiento de la His-

toria Natural." Aunque algunas de sus afirmaciones parezcan exageradas, son notables en atención a la época en que se hicieron y revelan claramente las ideas del P. Sarmiento sobre la importancia de la Historia Natural. Sus palabras recuerdan las escritas poco después por Karl August von Weimar, el amigo y protector de Goethe: "Die Naturwissenschaft ist so menschlich, so wahr dass ich jedem Glück wünsche, der sich ihr auch nur etwas ergibt."

Miguel Barnades, a quien el mismo Mutis llamaba "el célebre Dr. Barnades", era discípulo de la Escuela de Montpellier, inclinado ya a las doctrinas de Linneo, contra la opinión de Quer, que era defensor de las ideas turneforcianas. A las lecciones de Barnades y al Jardín de Migas Calientes asistieron también, entre otros botánicos eminentes, Palau, a quien se debe que se hayan popularizado tan pronto las doctrinas de Linneo, y Gómez Ortega que tan gran influencia había de ejercer más tarde en la transformación del Jardín Botánico de Madrid.

El entusiasmo por las Ciencias Naturales que se despertó en Mutis durante su estancia en Madrid explica el que el ilustre médico gaditano, a pesar de las comodidades y brillante porvenir que le prometía la Corte, aceptó la proposición que le hizo el Virrey D. Pedro Messía de la Cèrda de acompañarle como médico a Nueva Granada. Inmediatamente surge en su mente la idea de hacer la Historia Natural de América, iniciada en tiempos de Felipe II y continuada por Fernando VI. "Parecióme—escribe Mutis—que no sólo podría partir la gloria con Loeffling, sino también competir, y aun enmendar, mucho de lo observado y descubierto por Hernández." "Soñaba—añade—que podría dirigir mis excursiones botánicas por las dilatadas provincias de este Reino, y aun de los demás de América, pareciéndome que podría tolerar—en una edad floreciente y con una salud robusta—las fatigas y quebrantos de la vida áspera que deban sufrir los viajeros en estos tan variados climas."

Recuerda Francisco José de Caldas (uno de sus predilectos discípulos) oír de boca de Mutis las razones que le decidieron a emprender el viaje. ¡El silencio, la paz, los bosques de América tuvieron más atractivos sobre su corazón que la grandeza y la pompa de las Cortes de Europa! "¡Qué campo tan vasto—exclamaba—para inundar de conocimientos a Europa y para

coronarme de gloria!" Vemos que, con otra modalidad, era el mismo espíritu que animaba a nuestros conquistadores del siglo XVI; en resumen, se buscaba ¡la gloria!

No es justo, señores, creer que era siempre el oro lo que suggestionaba a los conquistadores. La busca de un árbol maravilloso daba también lugar a aventuras caballerescas en que se arriesgaban los campeones para deshacer el encantamiento o esclavitud de un simple arbusto. Véase lo que escribe D. José María Salaverría en su hermoso libro *Los conquistadores*, origen heroico de América, publicado hace ya catorce años:

"A los españoles del Perú llegó la noticia de un país remoto, *el país de la canela*, que estaba más allá de las montañas y los ríos, y que, sin duda, era preciso descubrir y conquistar. Y al señuelo de aquella maravilla, Gonzalo Pizarro (hermano del Conquistador) pidió venia para desencantar al árbol de la canela, y reunió más de 500 compañeros, con los que partió de la ciudad de Quito hacia el Oriente. ¡Qué de trabajos, guerras y peripecias soportaron aquellos héroes del nuevo vellocino! Tribus hostiles, comarcas desiertas, serranías heladas y pantanos tropicales; pero hallaron, por fin, el país de la canela, y pudieron regocijarse ante la planta prodigiosa que generosamente otorga la sustancia excitante. Entonces fué cuando la expedición, impulsada por el sabor de los prodigios, se lanzó en busca de nuevas maravillas. La fantasía y el gusto de lo maravilloso los empujaba por aquellos parajes mortíferos e imposibles de abarcar. Descendieron por la ribera del Amazonas, y se ven obligados a construir un bergantín; hacen hornos de fundición y emplean las herraduras de sus caballos para hacer clavos; en lugar de estopa usan el paño de sus mismos trajes harapientos; la breca la sustituyen por el caucho. Y cuando el bergantín navega por el Amazonas, su capitán, Orellana, se alza y rebela y desciende hasta el mar.

Gonzalo Pizarro y algunos compañeros regresan a Quito, llegando, en corto número, extenuados y rendidos. Cuando, en las proximidades de la ciudad, les envían socorros y caballos para los capitanes, éstos no quisieron montar ni mudar de trajes, para guardar igualdad como buenos soldados."

Se recuerda este episodio heroico de muchos exploradores porque Mutis ha sufrido también mucho con su descubrimiento

de la quina de Nueva Granada, aunque en este caso los enemigos no fueron tribus hostiles, comarcas inhóspitas ni fieros animales, sino que han sido los hombres ruines y maldicientes (que es algo peor) los que han acibarado la existencia del bondadoso Mutis.

Ya conocéis la historia de esta cuestión, que resumiré en breves palabras. No bien llegado Mutis a Nueva Granada, le regaló D. Miguel Santisteban muestras de la quina de Loja, que envió a Linneo en 1764, quedando éste muy reconocido por el envío. Mutis quedó desde entonces preocupado si en los bosques de Nueva Granada se encontraría también dicha planta, pues le aseguraban que la habían visto cerca de Santa Fe. Pidió permiso al Virrey para hacer la exploración, y le fué concedido; pero, ocupado entonces en otros asuntos, fué aplazando la exploración, sin olvidar, por eso, la cuestión que tanto le interesaba, hasta que un día del mes de octubre de 1772, regresando de un viaje a las minas del Sapo (jurisdicción de Ibagué), descubrió la quina en el monte de Tena, y al año siguiente la encontró en el monte Pantanillo, yendo a saludar al Virrey Guirior. Pero he aquí que un señor de Panamá (D. Sebastián José López Ruiz) denuncia que él había descubierto la quina en las cercanías de Bogotá en 1774. Desde ese momento se inicia una campaña contra el sabio Mutis y en favor de López Ruiz, a quien apoyaba en Madrid Casimiro Gómez Ortega. Este asunto proporcionó a Mutis innumerables disgustos, pues se procedió contra él con insidias y falsedades, de las que se fué defendiendo venciendo quizá tantas dificultades como las que encontró Gonzalo Pizarro en la busca del árbol de la canela, de que nos habla la historia que cuenta Salaverría.

La guerra se desplazó a las propias quinas de Nueva Granada, diciendo que no producían los mismos efectos que las del Perú, y en la que tomaron parte Ruiz y Pavón, que, ciertamente, no eran muy afectos al ilustre Mutis. Esto dió origen a que se nombrase una Comisión que dictaminase en este asunto, dirigida por D. Luis Rieux. En fin, hasta llegó a intervenir Humboldt.

No se sabe si estaban de acuerdo en la campaña Ruiz y Pavón con Gómez Ortega, Bernades y Rieux; pero es rara la coincidencia de que en 1802 fueran despojados de sus cargos

en el Jardín Botánico, de Madrid, Gómez Ortega y Bernades, y hecho prisionero Rieux en Nueva Granada y conducido a España, en el mismo momento que entra Cavanilles, amigo de Mutis, en el Jardín Botánico, como director.

Pero volvamos al punto en que Mutis decide emprender el viaje a Nueva Granada como médico del Virrey.

A partir de la salida de Mutis se continuó prestando en España apoyo a las Ciencias Naturales durante todo el reinado de Carlos III, orientado por sus excelentes ministros Conde de Aranda y Conde de Floridablanca.

El Conde de Aranda, D. Pedro Abarca de Bolea, es uno de los personajes más salientes de la Historia moderna de España. Convencido y entusiasta de las ideas que propagaba la Enciclopedia, creía que su divulgación era beneficiosa para el país y se dedicó a ello con entusiasmo y tenacidad, pues era de carácter inflexible, y de acción, ante todo. Murió desterrado en 1799, después de ejercer una gran influencia, en todos los órdenes, en los asuntos nacionales.

El Conde de Floridablanca (D. José Moñino) sustituyó en 1777 en el Ministerio al Marqués de Grimaldi, que había creado, en 1771, el Museo de Historia Natural. Fué un excelente Ministro, propulsor de la cultura nacional. Construyó el Observatorio Astronómico de Madrid y el Jardín Botánico. En esta época se hicieron las expediciones de Ruiz y Pavón a Chile y Perú, la de Mutis a Nueva Granada (que vino a coincidir con la del célebre Humboldt, el cual había logrado permiso del Rey para realizar los viajes) y la famosa expedición a Centroamérica, en la que tomó parte Sessé con otros naturalistas a sus órdenes (1788).

En 1789, ya en tiempos de Carlos IV, se verificó la expedición de Malaspina, a la que se agregaron tres naturalistas: don Antonio Pineda, D. Juan Née y D. Tadeo Haenke, y cuatro dibujantes.

* * *

Veamos ahora rápidamente su viaje, llegada, labor realizada, discípulos eminentes y muerte del insigne gaditano.

Aceptado por Mutis el compromiso con el Virrey, D. Pedro Messía de la Cerda, salió de Madrid el 28 de julio de 1760, para Cádiz, a donde llegó el 10 de agosto. Relata en su "Diario"

—al principio con cierto humorismo, que pronto se atenúa, como bien se percibe en las notas de viaje y correspondencia— todos los incidentes de su caminata. Hace resaltar que salió de Madrid a las ocho de la noche en las recuas de los López (que debían ser en aquella época el colmo del "comfort" y de la velocidad). Hace también mención especial de haber encontrado la *carquexia* al pie de Sierra Morena, de la que parece haber hecho tanto misterio el P. Sarmiento. Dice que tal vez no la hubiera conocido al no haberla visto algún día antes, en casa de D. José Quer, que se la había enviado de Galicia el P. Sarmiento, y es curioso, añade, que el arriero castellano que se la mostró durante el viaje, pronunciase su nombre con exactitud, tratándose de una palabra de origen galaico. Al llegar a Yébenes se cree en la necesidad de ampliar algunos datos sobre la familia de los arrieros López, añadiendo que son hijos del Pelado y haciendo unas graciosas consideraciones sobre su acomodaticia conducta.

De Cádiz salieron para Cartagena de Nueva Granada el 8 de septiembre de 1760, a donde llegaron el 29 de octubre. A últimos de diciembre o principios de enero salieron para Barranquilla, navegando por el río Magdalena y llegando a Bogotá el 24 de febrero de 1761. Dejo para el P. Barreiro el relato de las peripecias del viaje de Barranquilla a Bogotá. Únicamente mencionaré lo que Mutis dice en su "Diario" respecto a las plantas que observó en la estancia de Canta el Gallo, donde encontró una que tenía por nueva y que la dedicaba al P. Sarmiento. El hecho de que la primera novedad que se le presentaba la dedicase al ilustre monje benedictino indica el alto aprecio en que le tenía y revela que existía entre ellos una relación amistosa y científica.

A su llegada a Bogotá empezaron sus exploraciones botánicas y de todas las ramas de la Historia Natural, admirado de la inmensa riqueza que le rodeaba para labrarse, con su estudio, un nombre perdurable entre los más insignes naturalistas. Persistía en su mente el proyecto grandioso de publicar una "Historia Natural" completa de toda la América septentrional española. Es posible que este amplísimo plan, que agitó constantemente su espíritu, explique el porqué no considerase nunca llegado el momento de dar comienzo a la publicación de su flora,

que con tanta ansiedad se esperaba en América y Europa (pero especialmente en España). En un informe al Arzobispo Virrey Caballero decía que una Real expedición tan ruidosa dejaría desairada la expectación pública si sus individuos limitasen sus tareas a recoger las curiosidades naturales, conocerlas, describirlas, dibujarlas, depositarlas en el Jardín y Gabinete de la Corte, para publicarlas últimamente a nombre del Sabio y benéfico Monarca, satisfaciendo a una parte del mundo sabio que funda en estos conocimientos sus principales delicias. Con estas ideas se explica que haya quedado inédita la obra de nuestro insigne botánico y de otros eminentes naturalistas españoles.

Los primeros años de su vida en Bogotá los dedicó al ejercicio de la Medicina, pues pronto había logrado numerosa y buena clientela. Esto le proporcionaba los medios necesarios para vivir y aumentar sus colecciones.

Además dedicaba algunas horas a lecciones públicas de Matemáticas y Filosofía newtoniana en el Colegio del Rosario, siendo las primeras enseñanzas de estas ciencias que se dieron en el Nuevo Reino de Granada. También daba lecciones particulares de Historia Natural, con el fin de procurarse correspondientes inteligentes en las diversas provincias del Reino, pues no olvidaba el proyecto de la "Historia Natural Americana". Cuatro años estuvo ausente de Bogotá, en el Real de Minas de Montuosa, cuya estancia, decía, fué de una gran utilidad, tanto para sus estudios como para el Real Erario.

A principios del 70 se restituyó a Bogotá, sin querer aceptar el gobierno de Girón, por considerarlo opuesto a sus designios, y volvió al ejercicio de la Medicina, cátedra y lecciones privadas de Historia Natural, y es en esta época cuando realmente desarrolla su admirable labor docente.

En el año 72 hizo el utilísimo descubrimiento de las quinas en las inmediaciones de la ciudad de Bogotá.

A principios del 77 se retiró a las minas en el Real del Sapo, jurisdicción de Ibagué, donde estuvo unos cinco años, y allí fué donde se encontró con el Arzobispo Virrey, acordándose el plan para la organización de la Expedición Botánica del Nuevo Reino de Granada.

Por de pronto, el Arzobispo Virrey, enterado del proyecto

de Mutis, de los conocimientos y sacrificios de éste, y sabedor, además, de que se había concedido permiso a Humboldt para visitar nuestras antiguas colonias de América, le pareció injusto que fuese un extranjero el que primero revelase asuntos científicos de aquel dilatado territorio, cuando Mutis llevaba veintidós años de afanes, de fatigas y de sacrificios sin cuento, gastando todos los recursos que le proporcionaban el sacerdocio y la medicina. Por tanto, sin consulta previa al Virrey, nombró por sí mismo una Comisión científica provisional, con el título de "Expedición Botánica del Nuevo Reino de Granada", compuesta de D. José Celestino Mutis, como director; del doctor Eloy Valenzuela, discípulo suyo, y de un dibujante llamado Antonio García, ambos colombianos.

Con justa razón decía Mutis que el Arzobispo Virrey había sido el promotor de la Expedición Botánica de Bogotá. Mutis lo había intentado ya en 1763, en una representación hecha al Rey, que repitió en 1764, no consiguiendo nada práctico; pero el Arzobispo supo tan bien realzar y ponderar el mérito del sabio y la altura de la obra proyectada, que el Monarca Carlos III, bien aconsejado por su Ministro el Conde de Florida-Blanca, acogió con interés el proyecto, y el 1.º de noviembre de 1783 firmó, a favor de José Celestino Mutis, el título y nombramiento de Primer Botánico y Astrónomo de la Expedición Botánica de la América Septentrional, completando el Rey su obra dándole los 2.000 doblones que había solicitado para pagar sus deudas, y mandó que por cuenta de la Corona se le enviaran a Bogotá los libros e instrumentos que había pedido.

La Expedición Botánica de Mutis, como ya indicó el profesor D. Ignacio Bolívar, fué realizada en condiciones verdaderamente extraordinarias y fastuosas para aquella época, en que nada se escatimó. Puede asegurarse que jamás se hizo ninguna otra que la igualase, calculándose que el gasto total de ella se aproximó a 300.000 pesos.

A consecuencia de lo ordenado por el Rey, la Expedición Botánica quedó compuesta por Mutis (jefe y director), por el instruido presbítero criollo D. Eloy Valenzuela, y por los dos dibujantes, Antonio García y Pedro Caballero; como auxiliares y aficionados ayudaron a la Expedición Fray Diego García,

D. Bruno Landete, D. Pedro Fermín de Vargas y D. José Cambor, muy docto en Geografía.

Una vez constituida la Comisión, se estableció en Mariquita, como centro de exploración, por ser un lugar tranquilo y muy adecuado para estudios botánicos, y, además, por estar al lado de Juan José D'Elhuyar y Angel Díaz, para simultanear la labor botánica con el laboreo de minas y su administración.

Discípulos de Mutis.

No es tarea fácil indicar todos los discípulos de Mutis desde 1762 hasta 1808. Se comprende bien la dificultad, recordando que nuestro hombre fundó la cátedra de Matemáticas de Bogotá; explicó Astronomía en el primer Observatorio construido en América; sembró la idea, y la fomentó a sus expensas, de desarrollar los estudios de Minería en el país; enseñó Medicina, y culminó su labor docente en la enseñanza de la Historia Natural.

Dada la gran simpatía y respeto que inspiró en Colombia —y que trascendió a Venezuela, Ecuador, Perú y Bolivia—, se vió rodeado de un plantel de jóvenes, ávidos de cultura, en general, pero en particular de lo referente a las Ciencias Naturales. De ahí que su nombre sea siempre alabado y perdure en la memoria de los colombianos como algo inherente al progreso y a la historia de Bogotá, en donde principalmente desarrolló su actividad científica y docente.

Entre sus discípulos más salientes se pueden mencionar: Fray Diego García de Cartagena, que acompañó a Mutis en muchas excursiones científicas y fué comisionado por el Virrey para recolectar objetos naturales en diversos puntos de Nueva Granada, para enviarlos al Museo de Historia Natural y Jardín Botánico de Madrid.

Don Eloy Valenzuela, natural de Girón (Estado de Santander), estudió en el Colegio del Rosario y formó parte de la Expedición Botánica desde su creación, retirándose por enfermo e instalándose como cura en Bucaramanga. Era uno de los discípulos de Mutis más instruido en Ciencias Naturales. Escribió la *Flora de la parroquia*, al igual de muchos párrocos y pastores de Europa que simultanearon, haciéndolas compatibles, sus misiones espirituales con estudios prácticos de Historia Natural.

ejemplo que sería de desear se generalizase en España y en Hispanoamérica.

Don Pedro Fermín de Vargas, también colombiano; figuró en la Expedición Botánica y dió un informe sobre el guaco, *Aristolochia Anguicida*, hierba antidota contra el veneno de las serpientes. Fué uno de los precursores de la independencia de Colombia y un escritor de mérito.

Don Francisco Antonio Zea, natural de Medellín; murió en Bath (Inglaterra). Agregado a la Expedición Botánica cuando ésta se trasladó a Bogotá. Vino a España, en 1797, con Nariño, Sandino y otros como conspirador. La mediación de Mutis bastó para que tuviese una buena acogida en Madrid, y se le permitió ir a París para consultar a varios botánicos sobre plantas de la flora de Nueva Granada. En 1801 volvió a Madrid y dió a conocer los trabajos e investigaciones de Mutis sobre las quinas; había publicado una *Memoria sobre la quina, según los principios de Mutis en los Anales de Historia Natural*, de Madrid, cuyo escrito suscitó contestaciones por parte de los autores de la *Flora Peruviana*, ayudados de Gómez Ortega, y dió origen a nuevas reclamaciones de prioridad, que creía López Ruiz corresponderle en el descubrimiento de las quinas de Santa Fe de Bogotá.

Zea fué nombrado —a propuesta de Cavanilles— segundo profesor en el Jardín Botánico, y le sustituyó en la Dirección en 1804. Ha sido miembro de la Junta de Bayona, Prefecto de Málaga (bajo el Rey intruso) y volvió a su país, en 1815, para ofrecer sus servicios a Bolívar. Desde este momento termina la vida del sabio y empieza la del político, que ha tenido gran resonancia y significación en la independencia de Colombia.

Don Jorge Tadeo Lozana nació en Bogotá en 1771 y murió trágicamente en 1816. Perteneció al Cuerpo de Guardias de Corps. En 1799 regresó a Colombia, publicó la *Fauna Cundinamarca* e hizo una notable traducción de la *Geografía de las plantas*, de Humboldt.

Don José Restrepo, natural de Medellín, discípulo de Mutis; pero (lo mismo que Caldas) no formó parte de la Expedición científica de Nueva Granada. Como prueba del afecto a su maestro, véase la dedicatoria que puso en su *Ensayo sobre la geografía, producción, industria y población de la provincia de*

Antioquia, en el Nuevo Reino de Granada: "No pudiendo resistir los impulsos de mi corazón, sin su consentimiento, he colocado su respetable nombre al frente de mis ensayos sobre la geografía de la provincia de Antioquia. Haber recibido yo mis cortas luces sobre esta ciencia interesante en el Observatorio Astronómico; deberse a usted los conocimientos científicos que existen en el reino; saber lo célebre que es su nombre entre los sabios: he ahí las poderosas razones que han influido en semejante determinación."

Don Jacinto José Caldas, natural de Popayán, fué el más notable de los discípulos de Mutis. Su personalidad adquirió un relieve extraordinario en su país. "El sabio mártir" se le llama en Colombia. Ha sido una de las víctimas, inútilmente inmoladas, que lucharon por el noble ideal de la independencia de su país. La España actual, reconociendo los méritos de Caldas y la elevación de sentimientos que fulguraron en su espíritu durante toda su vida, ha celebrado hace unos años una solemne ceremonia en su memoria, en la cual se colocó una lápida conmemorativa en nuestro Palacio de la Biblioteca Nacional.

Estudió Caldas Ciencias Naturales; inventó instrumentos de Física y Astronomía; discurrió un método para medir alturas por medio del termómetro, fundado en sus conocimientos de la atmósfera y de los fenómenos térmicos. Desde la llanura de Cundinamarca fué hasta los bosques quiníferos de Loja y escribió una *Memoria sobre este particular*, que se conserva en el Jardín, entre los papeles de Mutis. Fundó el *Semanario del Nuevo Reino de Granada*, donde colaboraron las personas eminentes de Colombia.

Sin embargo, sus obras no están bien conocidas. Dice un ilustre escritor americano, contemporáneo, que "todos hablamos de las obras de Caldas..., pero pocos saben en qué consistió su sabiduría". De los escritos de Caldas dice, en reciente publicación, el Sr. González Suárez, Arzobispo de Quito, "debería hacerse una edición completa, con todo esmero y corrección, imprimiendo lo inédito y corrigiendo los errores que afoan ambas ediciones del *Semanario*: la de Bogotá y la de París".

Caldas era hombre sencillo, de buenas costumbres, de carácter apacible y dotado de una gran sensibilidad, leal con sus amigos y entusiasta del país en que había nacido, aunque a ve-

ces no lo parecía, cuando, contrariado por alguna cosa, decía, como suelen hacer los españoles cuando hablan de España, "envejeczo en medio de un pueblo bárbaro...; mi destino me ata a este suelo, enemigo de las Ciencias". ¡Qué mejor prueba de su parentesco con los españoles peninsulares, que nos pasamos la vida hablando mal de nuestro país al colocarnos alternativamente en la acera de enfrente de los gobernantes, sean éstos los que sean.

Para juzgar de lo impresionable que era el discípulo predilecto de Mutis, de su modo de ser y del gran afecto que sintió por su maestro, elegiremos algunos párrafos que figuran en ciertas cartas que están en nuestro Archivo del Botánico.

En una de ellas escrita en Quito, refiere a un amigo la impresión que le produjo el Barón de Humboldt. Los elogios que este alemán tributaba a su labor le turbaban como a un niño, y le desvanecían de tal modo, que no encontraba palabras con que ponderar la sabiduría de Humboldt y cómo demostrarle su agradecimiento. Se despertó en él un deseo irresistible de acompañar al célebre viajero. "Ardo en deseos de seguirle—decía—, y si me hallara siquiera con 1.000 pesos le seguiría, desde luego, hasta Lima, etc."

Ante esta idea que lo atormentaba, apeló a los amigos, y acude a su maestro Mutis, pidiendo auxilios y recursos para realizar la empresa.

Contesta Mutis accediendo a sus deseos y enviándole un importante libramiento; pero... recibe un cruel desengaño... El Barón de Humboldt no quiere acompañantes; prefiere, y ha resuelto, viajar solo, y así se lo dice, sin rodeos, al joven Caldas, produciendo en éste un disgusto tan grande, que realmente emociona la lectura de la carta que escribe con este motivo a Mutis, en la que, en medio de reproches y censuras al proceder de Humboldt, resplandece la nobleza del alma de Caldas y el respeto, la veneración y el afecto hacia el maestro. "Merecemos—escribía—el anatema del Universo si el nombre augusto de Mutis se separa en adelante de nuestros labios, si no le fijamos en todos los lugares, si su imagen respetable no se ve sobre el mármol y el bronce en todas las ciudades, en todos los colegios, en todas las plazas de nuestra América. ¡Ah, qué grande es Mutis!" Aludiendo a Humboldt, exclamaba: "Jamás pensé que un

hombre que me había apreciado tanto, que recogía mis pequeños trabajos, que los ponía al lado de los suyos, que más de una vez había lamentado que no se me protegiera, que había escrito a Popayán para que se me costeara a Europa, que me inspiraba ideas gigantescas de trabajos futuros, no me permitiera acompañarle al Perú y a México. Corramos de una vez el velo a este misterio."

Caldas insinúa ingenuamente que la causa que podría explicar esa negativa era que el buen Barón de Humboldt era vivo, locuaz, amante de la diversión y de la sociedad, y, en cambio, él era tranquilo, rara vez risueño, que no salta, ni corre, ni canta. Pues bien: si en efecto, Caldas reconocía que había esas diferencias, tan grandes, de carácter, casi tendríamos que disculpar al entonces jovial Barón, aunque lamentamos la contrariedad que la conducta del alemán produjo al bondadoso y entusiasta colombiano.

Dibujantes y pintores

Es de toda justicia dedicar un recuerdo de elogio a la mayoría de aquellos artistas por la perfección de su obra; por otra parte, su labor es lo que ha llegado a nosotros en mejores condiciones para poder darnos cuenta de los trabajos de Mutis en Botánica y juzgar la empresa que le ha tenido ocupado tantos años en Nueva Granada.

Antonio García, colombiano de nacimiento, fué el primer pintor de la Expedición. De España se enviaron dos: José Calzado (de Málaga) y Sebastián Méndez (de Lima); será mejor no consignar siquiera sus nombres, porque, aunque el primero era muy hábil, ninguno de los dos dieron otro resultado que disgustar profundamente a Mutis por su conducta y por incumplimiento de su deber.

Se hizo necesario contratar en Quito (célebre por el considerable número de pintores y por la habilidad de muchos de ellos) a cinco de los más expertos, que, una vez comprometidos, hicieron su viaje a Mariquita en compañía del Marqués de Selva Alegre, D. Juan Pío Montufar, gran entusiasta de Mutis e interesado en el éxito de la Expedición Botánica.

El primer Marqués de Selva Alegre, D. Juan Pío Montufar, aunque español de nacimiento, pasó gran parte de su vida

en América, en donde desempeñó, entre otros cargos importantes, el de Capitán general y Presidente de la Audiencia de Quito.

Su hijo, D. Juan Pío, segundo Marqués de Selva Alegre, nació en América y cooperó al movimiento de emancipación de los pueblos hispanoamericanos, habiendo sido el primer Presidente de la Junta de Gobierno formada en Quito en 1809. Este Marqués, hombre de gran fortuna, fué generoso protector de las Ciencias y las Letras, habiendo hospedado y protegido espléndidamente a Alejandro Humboldt cuando hizo este sabio alemán su famoso viaje de estudio a las regiones ecuatoriales de América. Varias veces lo recuerda Humboldt en sus obras.

El hijo de este segundo Marqués de Selva Alegre, D. Carlos Montufar, fué también amigo y compañero de Humboldt y Bonpland, a quienes acompañó en sus excursiones científicas, habiendo hecho con ellos la ascensión al Chimborazo, en 1802.

Carlos Montufar comenzó a escribir una relación de este *Viaje de Quito a Lima*, que se conserva, y que con este mismo título fué publicada por D. Marcos Jiménez de la Espada en el tomo XXV (año 1888) del *Boletín de la Sociedad Geográfica de Madrid*. Carlos Montufar murió más adelante luchando como un héroe en las guerras de la independencia de América, siendo uno de los caudillos principales de los ejércitos ecuatorianos. En el Ecuador es considerado como uno de los principales héroes del país, teniendo monumento en una plaza de la capital y mausoleo en la catedral de Quito. Hay sellos de correo de aquella República que llevan su efigie, como hay otros que llevan la de su padre, el segundo Marqués D. Juan Pío Montufar, el amigo de Humboldt.

Los cinco pintores quiteños, presididos por el célebre Salvador Rizo, primer pintor, hombre de extraordinaria habilidad y prendas no comunes, al decir de Mutis, fueron: Antonio Cortés y su hermano Nicolás, Antonio Silva, Vicente Sánchez y Antonio Barrionuevo. A los pintores quiteños acompañaba otro joven colombiano llamado Francisco Javier Matis, que fué descubierta por el mismo Mutis viéndole un día dibujar unas hojas.

Entre los colocadores, que también son dignos de recuerdo, están Roque Gutiérrez, llamado por Mutis; Caporal Roque, Pedro Amaya, Esteban y Fetegna.

A la casa en que estaba instalada la Expedición se añadió

un pequeño jardín botánico, en donde se cultivaban muchas de las plantas coleccionadas para mejor hacer dibujos y láminas.

La biblioteca, realmente notable, iba constantemente en aumento, y ya mereció grandes elogios de Humboldt. Desde Mariquita se enviaban con frecuencia minerales, animales, semillas y diversos objetos para los Museos y Jardín Botánico de Madrid. Además, era tan grande y excepcional la laboriosidad del ilustre español y tan conocida su competencia en varias ramas del saber humano, que no había asunto de alguna importancia del cual no se le consultara ni Comisión regia de la que no formara parte.

En una de las frecuentes excursiones que Mutis realizaba en esa época de Mariquita encontró una hierba, en la que le pareció ver que tenía las mismas cualidades que el té de China, y la llamó Té de Bogotá ("*Symplocos Alstonia*") L'Herit. La envió al Rey, quien le felicitó por su descubrimiento, ordenando que se sometiese a examen. Gómez Ortega opinó que era de mejor calidad que el té de China, por su fragancia, virtudes medicinales y porque excitaba los espíritus y alegraba el ánimo; en cambio, el botánico real D. Silvestre Grosley declaraba que en dicha planta no encontraba ninguna de las propiedades del té de Levante.

Otra planta descubierta durante su estancia en Mariquita fué el Guaco ("*Aristolochia Anguicida* L."), hierba o triaca contra el veneno de las serpientes.

Tanto era el trabajo que pesaba sobre Mutis, que su salud se resintió, lo mismo que la de sus compañeros y pintores, y estuvo a punto de deshacerse la Expedición, pues la enfermedad del director se agravó de tal forma, que el Arzobispo Virrey se lo comunicó al Rey, quien, por medio de su Gobierno, ordenó que se trasladase a Bogotá toda la Expedición, y en 1791 quedó allí establecida.

Con este traslado se dió nuevos alientos a la Comisión, que adquirió el carácter de una Academia científica, con su excelente biblioteca. Por ella desfilaron entonces las personas más ilustres aficionadas al estudio de las Ciencias Naturales: don Jorge Tadeo Lozano, D. Francisco A. Zea, los sobrinos del director, José y Sinforsoso Mutis, entre otros. Allí trabajaba un escribiente famoso, que hacía las copias de los discursos historia-

les que debían acompañar a las suntuosas láminas de la flora. Había, además, trece pintores: dos de Popayán, uno de Bogotá y los restantes de Quito. Pero entre todos los asistentes sobresalía D. Francisco José de Caldas.

Esta es la época—a mi juicio—en que Mutis ejerció una influencia extraordinaria en el desarrollo de la cultura de Nueva Granada, elevándola a un nivel tal, que nada tenía que envidiar a la que habían logrado los otros Virreinos, y que preparó, indudablemente, generación apta para lograr su independencia, favoreciendo la obra y proyectos del Libertador, Simón Bolívar.

Durante dicha época (1801) es cuando Humboldt, acompañado de Bonpland, llega a Cartagena, sube a Bogotá y se entrevista con Mutis, de quien se formó el alemán el más elevado concepto; elogió las láminas, diciendo que no sabía con qué colección se podría comparar, como no fuese con la de Banks, Presidente de la R. S. de Londres. Ponderaba el carácter generoso de Mutis y la Biblioteca de Ciencias Naturales que había logrado formar en Bogotá, la cual, a juicio del célebre viajero, era una de las más hermosas y ricas que había visto destinadas a dichas Ciencias.

De la alta idea que de Mutis tenía Humboldt se puede uno convencer al leer los mayores elogios que hizo en una noticia que publicó, y que confirmó más tarde, al poner al frente de su obra titulada *Geografía de las plantas* esta elocuente y memorabilísima inscripción: "Dedicada, con los sentimientos del más profundo reconocimiento, al ilustre patriarca de los botánicos, José Celestino Mutis, por Federico Alejandro, Barón de Humboldt".

Como es sabido, la labor principal de Mutis, la que ocupó casi toda su vida y a la que dedicó todos sus afanes y entusiasmos, fué la flora de Bogotá o de Nueva Granada, que, por desgracia, quedó inédita y sin terminar a su muerte.

Como todo el mundo sabe, las láminas están depositadas en el Jardín Botánico de Madrid. Son un prodigio de dibujo y están bella y primorosamente iluminadas; honran a la Escuela de Pintores de Quito, pues quiteños eran la mayoría de los dibujantes y pintores.

Se preguntará por qué no se ha publicado o no se publica esta

monumental obra del célebre botánico gaditano, en la que se han invertido veinticinco años de asidua labor y no escasos recursos.

No es justo culpar solamente a los gobernantes de este abandono. En cierta ocasión el Gobierno de Madrid invitó a Mutis para que pasase a Europa y él mismo dirigiese la publicación, impresión y grabado de láminas; pero no se decidió, alegando que no consideraba todavía terminada su obra, y siempre que se le repetía el ofrecimiento solicitaba un nuevo compás de espera.

Morillo, cumpliendo órdenes dadas por el Gobierno, remitió a España todo lo que conservaba hasta entonces de la Expedición Botánica, y a Madrid han llegado las hermosas láminas y numerosos escritos, pero faltan precisamente los relacionados con la flora.

En el año 1837 se acudió a La Gasca y otros botánicos para que se encargasen de la publicación de la *Flora de Bogotá*; pero no pudieron realizar su cometido, ya por falta de los escritos originales, ya porque en un motín ocurrido en Sevilla el populacho destruyó todos los papeles y apuntes de La Gasca. En 1881 se autorizó de Real orden a D. José Triana para clasificar, denominar científica y vulgarmente y publicar por su cuenta la *Flora de Bogotá*, de Mutis. Tampoco se llevó a efecto dicho estudio.

Recientemente, dirigiendo el Jardín Botánico el ilustre naturalista D. Ignacio Bolívar, se han hecho serios tanteos para ver si aún era posible y conveniente la publicación de dichas láminas. Se reprodujeron tres con tal perfección, que honran a nuestros artistas madrileños; pero, por una parte, su excesivo coste; de otra, la falta de los escritos originales, y además la consideración de que había pasado la oportunidad de su publicación (opinión compartida por varios botánicos extranjeros), han decidido a renunciar por ahora a la referida publicación. Quedan, pues, las láminas formando parte de un Museo, en el que se conservan también otros documentos de interés y recuerdo de nuestros antepasados en lo que se refiere al cultivo de la Botánica.

Muerte de Mutis

Falleció el insigne maestro en Bogotá el 11 de septiembre de 1808. Con este triste motivo se publicó un *Suplemento al Semanario*, con una nota necrológica, en la que el insigne Caldas, al mismo tiempo que hace la biografía del gran Mutis, manifiesta la sincera pena que le afligía y la ternura de su corazón hacia el gran español que tanto trabajó por la difusión de la cultura y que tanto amó a su Nueva Granada.

He dicho.

MUTIS, EXPLORADOR

Por el R. P. Agustín J. Barreiro

Ultima conferencia sobre el sabio botánico, leída en sesión del 9 de abril. Presidencia del Dr. Zúñiga.

I

Señoras y señores:

Sean mis primeras frases un tributo de gratitud para esta ilustre Academia Española de Farmacia, y en especial para su digno Presidente, el Dr. D. Toribio Zúñiga, que ha tenido la bondad de invitarme a dirigiros hoy la palabra desde esta tribuna, dispensándome una honra que estoy lejos de merecer. Hace ya varios años que soy ferviente admirador del Cuerpo farmacéutico, cuyas gloriosas figuras me han salido muchas veces al encuentro en mis excursiones por los campos de la Historia científica española. No he de citarlos ahora; pero sí haré constar que los primeros ensayos de jardines botánicos hechos en España durante el siglo XVIII fueron obra de los farmacéuticos. En 1751 estableció ya uno de ellos el Colegio de Boticarios de Madrid, y con fecha posterior lo hicieron Molin, Boticario mayor del Ejército, y D. Luis Riquer, Boticario de Cámara, fundador y dueño del de Migas Calientes, del que hizo después generosa donación al Príncipe que se llamó más tarde Fernando VI. En éste se formaron algunos, mejor dicho, la mayoría de aquellos exploradores que recorrieron los países del Nuevo Mundo estudiando sus vegetales. Tiene, pues, el Cuerpo de Farmacéuticos un pasado sobremanera glorioso, que me es muy grato recordar en estos momentos.

Pasando ahora a nuestro asunto, que es una de las fases de la historia de Mutis, habéis oído ya los cuadros tan acabados

que trazaron hace pocos días los Sres. Blanco y Juste y García Varela, estudiándole, el primero, en sus aspectos de botánico y quinólogo, y describiéndonos, el segundo, su época y sus discípulos. Hoy queremos recordaros a Mutis como explorador; es una de las facetas de aquella actividad incansable, que dió comienzo en su misma niñez y tuvo término con su existencia, en 1808, a la edad de setenta y seis años.

Mutis fué un hombre nacido para la lucha. Sus energías físicas no le abonaban mucho, pues su salud flaqueaba con frecuencia; pero, en cambio, Dios le había dotado de un alma grande y de un corazón magnánimo. Su inteligencia y su voluntad férrea se sobreponían a todos los obstáculos, incluso a las dolencias corporales. Ansioso de modelar su espíritu en nuevos troqueles, no se allanó a estudiar tan sólo la carrera de Medicina, cursada por él con singular brillantez; antes al contrario, terminada aquella, se consagró a las Matemáticas y Ciencias Naturales, con especialidad a la Botánica. Pronto alcanzó en todas ellas los progresos consiguientes a su labor constante y a su inteligencia privilegiada. De la estimación que mereció al profesorado madrileño dan testimonio las calificaciones por aquél obtenidas en los ejercicios llevados a cabo para conseguir el título profesional, y el hecho significativo de habersele confiado la cátedra de Anatomía del Hospital general en ausencia de su propietario, el Dr. Araujo.

Es, por lo tanto, innegable que D. José Celestino Mutis podía esperar un porvenir muy halagüeño para sus actividades y conocimientos sin salir de su patria. Esa circunstancia y el sentimiento de tenerse que despedir de los suyos, tal vez para siempre, le preocuparon en gran manera, vacilando mucho su ánimo hasta decidirse, cuando D. Pedro Mejía de la Cerda y Cárcamo, Marqués de la Vega de Armijo, nombrado Virrey de Nueva Granada, le invitó con insistencia para que le acompañase a su destino en calidad de médico. Cedió, al fin, Mutis; pero ¿qué motivos le impulsaron a ello? ¿Fué, acaso, el deseo de labrarse un porvenir económico brillante? De ningún modo. Mutis, sobre pertenecer a una familia acomodada, tenía en su carrera medios abundantes para vivir con desahogo y aun para quedarse con algunas reservas. Aparte de esto, su conducta en Nueva Granada tuvo siempre por norma el mayor desinterés. Fueron, por

lo tanto, otros ideales más altos los que influyeron en su ánimo para lanzarse a la inmensidad de los mares. Fué su espíritu de naturalista, ansioso de conocer las producciones naturales del Nuevo Mundo, de consagrarse a su estudio y de levantar a las Ciencias un monumento en que se descubriesen y representasen. He aquí el móvil que determinó la empresa del ilustre gaditano. Esta empresa es tanto más de admirar cuanto que Mutis presentía muy bien los grandes obstáculos que habían de oponerse a su marcha, y, por otra parte, no ignoraba lo infructuoso y baldío de otras expediciones con idéntico objeto.

En efecto; durante el mismo siglo XVI se verificó la del doctor Francisco Hernández, enviado a Méjico por Felipe II para estudiar su flora y su fauna, en 1570. Siete años permaneció allí, en compañía de su hijo D. Juan, realizando una labor de médico y naturalista de la cual, tal vez, no haya otro ejemplo en la Historia. Al cabo de aquéllos regresó a España, trayendo consigo dieciséis volúmenes de manuscritos y dibujos, en que se describían los minerales, plantas y producciones zoológicas, aparte de otros relativos a la Medicina, Etnografía e Historia, Meteorología y Geografía. Muy complacido se mostró el Monarca de tan feliz resultado; mas, por causas que aún se ignoran, dichos manuscritos no llegaron a imprimirse, pasando a la Biblioteca de El Escorial, donde se cree fueron pasto de las llamas durante el incendio ocurrido allí el año 1671. Es verdad que se publicaron algunos compendios de varios de dichos manuscritos, entre ellos el de Nardo Antonio Rechi, impreso en Roma el año de 1648; pero fué tan poco afortunado en su empresa este italiano, que el bibliófilo Beristain no vaciló en calificarle de miserable destripador de aquellos preciosos libros.

La famosa expedición de Fernández de Quirós a las islas de la Oceanía y tierras australianas (1567) tampoco mereció ser atendida, y esto a pesar de los cincuenta memoriales dirigidos por aquél a Felipe III solicitando apoyo. La *Historia del Nuevo Mundo*, por el P. Cobo, fruto de treinta años de labor (últimos del siglo XVI y parte del XVII), aún permanecía desconocida e inédita en tiempos de Mutis (1), y, por último, el viaje de Iru-

(1) Constaba de 43 libros, de los cuales fueron encontrados en el siglo próximo pasado tan sólo 10, que vieron la luz pública en los años 1890-95. Se ignora todavía el paradero de los restantes.

rriaga y compañeros a la Guayana (1754-56) había resultado una tragedia, que costó la vida a casi todo el personal científico de la misma.

Todo esto lo sabía perfectamente D. José Celestino Mutis, y, a pesar de ello, tuvo arrestos más que suficientes para seguir las huellas de Quirós, Iturriaga y demás citados, lanzándose a nuevas aventuras.

II

Hechos los correspondientes preparativos, partió Mutis de Madrid el 28 de julio de 1760 con rumbo a Cádiz, llegando a esta población el 10 del inmediato agosto. Desde el primer día fué consignando en su *Diario* (1) los acaecimientos del viaje y las observaciones diversas realizadas por él durante aquellos días. Nos dice que, a media de Madrid, un bote de su cabaldura dió con él en tierra, "sin más consecuencias—añade—que un buen aporreamiento de cuerpo". Mutis llevaba por compañero a un criado del botánico Barnades, con cuyo auxilio tenía la esperanza de hacer buen acopio de plantas; mas, a pesar de ello, sólo pudo realizarlo en escala muy pequeña. Los oficios de su profesión médica, que fueron solicitados varias veces en los pueblos de tránsito, vinieron en parte a impedirlo. Sin embargo, pudo herborizar o, como él dice, "botanizar" en Yébenes (Toledo), donde recogió bastantes plantas, y en algunos puntos más; pero no llegó, ni con mucho, a lograr el resultado que había obtenido, siete años antes, Pedro Loefflin, discípulo de Linneo, cuando hizo el mismo recorrido.

Yébenes mereció particular atención a nuestro viajero, quien traza de él un cuadro breve, pero sustancioso. Dice de sus habitantes que eran muy laboriosos, aunque medianamente tratables. Refiriéndose a su hostelero, consigna estas frases:

"Fuimos recibidos en este lugar en casa del tío José López, conocido en el pueblo por *el Pelado*, padre de los arrieros con quienes viajábamos. Su trato para con nosotros fué espléndido, en cuanto lo permite el sitio... Nos sirvió de bastante gusto la

(1) Los "Diarios" de Mutis fueron publicados por el Dr. A. Fallerico Gredilla, en su *Biografía de José Celestino Mutis* (páginas 402-546). Madrid, 1911.

loable costumbre del tío López, que comenzaba sus comidas con ciertas fórmulas diferentes, según la hora en que se comía. Por su dilatada deprecación (que hacía entre dientes) no pude imponerme en todas. Algunas veces le oí comenzar de este modo: *Jesús, esto que vamos a comer bendígalo Dios, que tiene poder*. Concluía diciendo en mal latín: *Benedicamus Domino*, haciéndonos rezar un Padrenuestro y un Avemaría por todas las almas de nuestros fieles difuntos, para que Su Majestad las tenga en su descanso y las nuestras que de este mundo vayamos. Después otro Padrenuestro y otra Avemaría a San Antonio, *para que dé a ustedes y a todos los caminantes un feliz viaje por cualquier parte en que caminasen, etc.*"

En oposición a estas prácticas piadosas observó Mutis en el tío López algunos defectos, que sorprendieron mucho a su religiosidad y a su espíritu sincero y contrario a toda clase de mixtificaciones, y tanto es así, que las dejó registradas en esta forma:

"Volvimos la noche del 30 de julio y cenamos con el mismo gusto. Todo nuestro placer fué interrumpido con los gritos y porvidas que echaba el tío López con motivo de una desazón que tomó: fué el caso: Para franquear más abundantemente nuestras comidas mandó a su mozo Bernardo por dos arrobas de vino a Orgaz. Después de haber tardado mucho, tuvo la inadvertencia de repartir el vino, sin orden de su amo, a otros que le pedían en nombre del tío López. Descompuso tanto a éste la conducta de su criado, que botaba como buen arriero, y de modo que alborotó la casa... No dejó de sorprenderme este alboroto del tío López, a quien yo tenía por hombre muy pacífico... Se me ofrecieron algunas reflexiones morales sobre el modo de pensar de esta gente, habilísima en hacer el papel de santo y el de escandaloso en ciertas ocasiones."

Mutis no podía, sin duda, concebir esta paradoja, tan frecuente en la vida de ciertas clases sociales.

El día 1 de agosto de 1760 llegó a Malagón, donde fueron requeridos sus auxilios médicos. Se trataba de una enferma de tercianas, próxima a dar a luz. Asistíala un médico valenciano, suegro del titular, y la recetó una sangría del pie derecho. Mutis consideró esto como un desacierto, tratando de hacerlo comprender así a dicho facultativo; mas nada pudo conseguir.

"Con esto—dice—excusamos la conversación, persuadidos a que continuarla sería perder el tiempo, y tal vez granjearnos alguna enemistad, que, efectivamente, hubiéramos hallado en el médico, que entró a la tarde en el cuarto de la enferma y notamos desde lejos un semblante de un médico majestuoso, presumido y chocante, con todos los resabios de los médicos tunantes de la escuela valenciana. En efecto: confirmamos esta conjetura con los informes de los asistentes a la posada, que nos dijeron que al punto que veía a algún estudiante o religioso se preparaba para las disputas escolásticas, que movía él el primero, y de que salía con facilidad, porque era un eterno hablador, que en tales lances es este carácter el más aventajado."

Como veis, estas frases parecen revelar la decadencia que se lamentaba por aquellos días en ciertas escuelas de Medicina o, por lo menos, la prevención existente contra ellas.

El 5 de agosto entraron en Córdoba, donde tenía Mutis algunos conocidos y amigos. Elogia mucho el aseo y servicio de la posada, y cita, como caso que llamó mucho su atención, el de un soldado de Caballería que topaba violentísimamente con un carnero y se ofrecía a romper cuatro ladrillos juntos con su cabeza. Partía igualmente con ella las almendras con cáscaras verdes. "Quedé—dice—bien sorprendido, sabiendo las fuertes conmociones que sobrevienen a los golpes violentos y viendo el ningún efecto que al tal soldado producían aquellos golpes violentísimos a que estaba acostumbrado por mucho tiempo."

Tales son, a grandes rasgos, las impresiones recogidas por Mutis en su *Diario* durante el viaje desde Madrid a Cádiz, a donde hizo su entrada el día 10 de agosto de 1760. Un mes permaneció aquél en su pueblo natal, esperando al Virrey Messía de la Cerda, quien llegó allí a primeros de septiembre, embarcando seguidamente en el navío de guerra "Castilla". A éste acudió muy pronto D. Celestino para entrevistarse con el Virrey, a quien manifestó estar dispuesto a seguirle. Volvió Mutis a su domicilio después de hablar con aquél, y, recogido su equipaje, se trasladó a la nave, no sin advertir a su familia que regresaría para despedirse. No lo hizo, ni pensaba hacerlo. Quiso evitar a los suyos y a sí mismo una escena dolorosa.

III

El día 7 de septiembre de 1760 se dió a la vela, en el puerto de Cádiz, el nayío "Castilla", en el cual había de hacer su viaje D. José Celestino Mutis. Según lo practicara desde Madrid a la capital gaditana, redactó asimismo ahora el correspondiente *Diario*, anotando cuidadosamente cuantas observaciones pudo llevar a cabo durante la travesía. Dedicó el primer capítulo al gobierno de la embarcación, que describe con todo detalle, y al personal técnico de la misma. Después relata los actos religiosos celebrados durante el viaje con motivo de ciertas festividades, las diversiones con que los pasajeros procuraban hacer menos aburrida la monotonía de aquella navegación, y a este propósito, el baile más escandaloso que jamás había visto, ejecutado por una pareja de portugueses. Algunos datos acerca de las aves observadas en distintas ocasiones y sobre peces, especialmente voladores, completan la relación, que ofrece escaso interés.

El día 29 de octubre de 1760 arribó el "Castilla" a Cartagena de Indias, donde hizo su entrada solemne el Virrey con todo su séquito. Cerca de dos meses permanecieron allí, comenzando Mutis el estudio de la flora y fauna de aquel país con el mayor entusiasmo. Desgraciadamente, aún se ignora el paradero de los apuntes hechos por él durante aquella temporada.

A últimos de 1760 o primeros del 61 salieron de Cartagena de Indias, dirigiéndose a Santa Fe de Bogotá. Las anotaciones de nuestro viajero comienzan en el pueblo de Mompox y continúan, con algunas interrupciones, hasta el Playón del Mono, seis jornadas antes de terminar el viaje. Mutis dedicó su atención al estudio de aquella flora, tan opulenta y para él tan nueva y sorprendente. Sólo intercala breves observaciones ornitológicas y otras que llevó a cabo sobre las contracciones musculares de un caimán recién muerto.

Mutis llegó a Bogotá con la ilusión y el propósito firme de consagrarse por completo, desde el primer momento, al estudio de las plantas y animales de aquel país; pero muy pronto se convenció de que las tareas de su profesión médica iban a interponerse, constituyendo un obstáculo muy serio para lograr sus propósitos. Así sucedió, en efecto. Apenas instalado en la capital

del virreinato acudió a él una multitud de dolientes que solicitaban su asistencia.

"Aunque la naturaleza del país—dice—me prometió, desde luego, abundante materia para mis ejercicios botánicos, la novedad del nuevo médico, junto a la escasez de facultativos, cortó todo el vuelo de mis ideas. De día en día me vi empeñado en la asistencia de muchos enfermos, cuyas observaciones reservo aparte, y los más de mayor cuidado."

Esta misión tan meritoria le presta mejor oportunidad para descubrir multitud de consejas y prácticas supersticiosas empleadas allí frecuentemente para la curación de enfermedades. Un individuo de carrera se le presentó en cierta ocasión llevando en el bolsillo una piedra llamada *margasa*, como preservativo contra los aires perláticos. Entre muchos criollos era común la creencia de que los negros tenían pacto con el diablo cuando aplicaban las medicinas como preservativo contra los venenos de ciertos animales. Mutis parece extrañarse de semejantes credulidades, fenómeno que, sin embargo, fué, y aun es frecuente, por lo menos en el vulgo de todos los países.

Otro detalle curioso y de parecida índole nos refiere también aquél con estas palabras:

"Oía a D. Gregorio Londoño la rareza de que están imbuidos todos los habitantes del Palmar, población poco distante de la Mesa. Consiste en hallarse firmemente persuadidos de que todos los huevos del lugar producen pollos monstruosos, y que para evitar este inconveniente traen los huevos de los pueblos vecinos. Atribuyen esta causa de monstruosidad a la naturaleza del alimento de que se mantienen gallinas y gallos, pues creen que en lo interior del maíz hay una espinita motivo de este fenómeno. Confirman su conjetura augurando que todos los gallos y gallinas alimentados con maíz de otros pueblos dan sus huevos de donde salen pollos regulares y sin aquella monstruosidad que infaliblemente se nota en los que salen de las gallinas alimentadas con maíz del lugar. ¡Raro modo de pensar, induciendo violencia a sus ojos, que habrán visto lo contrario!"

Desde el 17 de julio hasta últimos de septiembre de 1761 Mutis vivió exclusivamente para sus enfermos, teniendo al margen las tareas de naturalista. Esta campaña le acarreó grandes fatigas, pero también hubo de proporcionarle éxitos muy satis-

factorios, al par que buenas ganancias. Tenía, pues, en sus manos un medio seguro para reunir un capital en pocos años; mas no eran éstas sus aspiraciones.

"No ha consistido en pereza—dice él mismo—la interrupción de mis trabajos literarios. Lo peor es que hallo cerrada la puerta a todas mis ideas, siéndome imposible separarme de estas ocupaciones y hallándome enredado con la pretensión que empieza a fomentarse en el país, propia a apartarme de mis progresos en la Historia Natural."

Aun así, pudo realizar algunas excursiones por los alrededores de Santa Fe durante el año citado de 1761, recogiendo bastantes plantas.

La estación de aguas obligóle a permanecer en dicha capital, y con este motivo se determinó a trabajar en Ornitología, "para disponer—dice—algunas noticias que remitir a Europa".

En julio de 1761 recibió Mutis una carta del egregio naturalista Carlos Linneo, que fué para él un grande honor y un estímulo eficazísimo para que trabajase en la Historia Natural.

"Este caballero—dice aquél—solicita mi correspondencia, me anima a las peregrinaciones, me franquea el honor de Académico en la Academia de Ciencias de Upsal, me promete consagrarme una planta, me da noticia de las ediciones actual de la *Fauna Suecica* y futuras de *Species plantarum* y *Sistema naturae*, me manifiesta cuánto desearía poseer ya las colecciones ofrecidas y me promete no faltar a nombrarme, siempre que se proporcione motivo de citar mis colecciones."

Linneo encargó a Mutis que trabajase en describir las hormigas y sus costumbres, y éste le contestó haber dado ya principio a esa tarea en las márgenes del río Magdalena, donde había recogido trece especies de aquéllas. Descosido de reunir nuevos datos acerca de dicha materia, acudía a personas observadoras, logrando recoger algunas muy curiosas y de novedad para entonces."

"En este mismo día—escribe—(28 de octubre del 61), informándome de doña Mariana Dávila del lugar más cercano donde yo pudiese ir en busca de hormigas, me refirió que el Trapiche de Serna era muy acomodado para recoger algunas noticias de estos animalitos, que fueron su diversión el tiempo que habitó allí. Refiriéndome igualmente haber notado que cuando las hor-

migas salían en escuadrones, bien arregladas, para recoger sus alimentos, iban de trecho en trecho gobernadas por una hormiga mayor, y al fin, por una todavía mayor, y que entretenida en este delicioso espectáculo notó varias veces que ciertas hormigas que se habían apartado del camino regular (al modo de exploradoras) volvían al camino para encontrarse con las mayores, y éstas con la última consultaban; seguíase a esto que de repente cambiase todo el escuadrón de dirección, encaminándose a las sendas que habían últimamente dejado las exploradoras.

"Refirióme también que no era de menor diversión el espectáculo de las hormigas cazadoras. Que había sucedídole asustarse cuando vió por primera vez este hermoso escuadrón introducido repentinamente en la casa que habitaba. Avisáronle que al punto saliese de la casa si quería evitar el susto que inevitablemente padecería al ver salir todos los animalejos escondidos en todas las habitaciones de campo, los cuales, acosados por las cazadoras, huyen atropelladamente, pegando e insultando a cuanto les sirve de obstáculo para su huida. No pudo evitar, aun advertida en tiempo, el salto de una lagartija, que se cayó sobre su hombro, huyendo de las cazadoras. Estas limpian perfectamente las habitaciones de todo animal, dirigiéndose a otra casa luego que acaban de saquear la que emprendieron."

Durante estos años (1761-63) recibía Mutis cuantos ejemplares de Historia Natural llegaban a sus manos por mediación de muchos individuos que se acercaban a ofrecerlos. Fueron los jalones de aquel hermoso gabinete que logró formar, primero en Mariquita, y después en Bogotá.

En 1763 envió un escrito al Rey exponiendo la necesidad de llevar a cabo la obra de la Historia Natural de ambas Américas, tanto por decoro de España cuanto por las grandes utilidades que habían de cosecharse de semejante empresa. No tuvo contestación, y repitió el escrito un año después, solicitando permiso y recursos para viajar por los territorios mencionados. Tampoco esta vez fué atendido, resignándose a continuar en la práctica de su profesión médica, y añadiendo a ésta la enseñanza de las Matemáticas, que dió gratuitamente en Santa Fe.

En 1766 adoptó una resolución, que, a pesar de parecer extraña, fué muy propia de su carácter aventurero y decidido.

Abandonando a su Virrey, a sus numerosas amistades, la comodidad de un hogar confortable y sano y, por último, los pingües emolumentos de su carrera, se retiró al coso minero del Real de Montuosa baja, en la jurisdicción de Pamplona. Mutis conocía, por informes de su amigo D. Jaime Navarro, lo desamparado de aquella soledad y la miseria que allí reinaba; mas al contemplarlas de cerca experimentó una impresión dolorosa:

"Nunca pude formar juicio cabal ni hacer concepto de lo que es este sitio en realidad. Ciertamente que es necesario venir aquí para conocer lo que sufren los hombres por su gusto, por el interés o por algunos otros fines particulares. Mi condescendencia en venir a este voluntario destierro... me ha traído a conocer la miseria de las Indias, miserias verdaderamente increíbles, por cierto, y no ignoradas de los europeos que habitan por estas minas."

Cuatro años permaneció Mutis en aquel desierto, consagrándose a tareas de la mina y a la exploración científica de aquel territorio. En 1770 regresó a Bogotá, rendido y sin recursos pecuniarios. Entonces se le ofreció el Gobierno de Girón; pero no quiso aceptarlo, prefiriendo dedicarse a sus enfermos y dar lecciones particulares de Historia Natural. Así transcurrieron para él los años, hasta que en 1777 volvió a trasladarse a las Minas del Real de Montuosa con el fin de organizar y fomentar su explotación, harta decaída. Aquí perseveró hasta el año de 1782, en que un suceso fortuito iba a cambiar el rumbo de sus actividades.

Por esta época (1782) acertó a pasar por allí, en visita pastoral, el Arzobispo Virrey D. Antonio Caballero y Góngora. Conoció éste a Mutis de referencia y era sabedor de sus grandes cualidades. Ambos conferenciaron largamente sobre los medios de promover el progreso científico e industrial de Nueva Granada, adoptando, por último, el prelado la determinación de llevarse consigo a Bogotá a D. José Celestino, como, en efecto, lo hizo. Una vez en la capital, Mutis repitió al Virrey el proyecto de Historia Natural de aquella región y las inmediatas del Norte, y éste le reiteró la promesa de apoyarle decididamente que le había hecho en Ibagué. En aquellos años recorrían el Perú y Chile, estudiando sus producciones, D. Hipólito Ruiz y D. José Pavón, enviados por Carlos III en 1777 para ese fin, y esto debió

influir asimismo en el ánimo de Mutis, impulsándole a insistir una vez más en sus mencionados proyectos. Pero lo que aceleró el cumplimiento de los anhelos de nuestro botánico fué la noticia de que el Monarca español había dado su autorización a Federico Alejandro Humbolt para visitar nuestras colonias de América. Mutis encareció al Virrey lo poco airoso, mejor dicho, lo depresivo que resultaba para España el que se anticipase un extranjero a estudiar las producciones del Nuevo Mundo, debiendo hacerlo sus poseedores. Así lo comprendió dicho Virrey, quien, sin más espera, nombró por sí mismo, a principios de 1782, y sin autorización previa, una Comisión científica provisional con el título de *Expedición Botánica del Nuevo Reino de Granada*. De ella formaron parte Mutis, como jefe; D. Eloy Valenzuela, como auxiliar, y D. Antonio García, con el carácter de dibujante. Un año más tarde (1 de noviembre del 83) confirmó Carlos III la propuesta del Virrey, dando así carácter oficial a dicha expedición.

IV

Por fin vió cumplidos sus deseos D. José Celestino Mutis; pero se hace necesario reconocer, y aun lamentar, que fué demasiado tarde. Nuestro botánico frisaba ya en los cincuenta y dos años, había trabajado con exceso en un país que no era el suyo y su salud distaba mucho de aquella robustez, entonces más necesaria que nunca. Sin embargo, aceptó con singular placer la comisión que se le confería. Confiaba en que sus auxiliares podrían proseguir bajo su dirección las exploraciones realizadas por él durante más de veinte años, evitándole así las fatigas que ya no podía soportar.

Estableció su domicilio la Expedición botánica en el pueblo de Mariquita, asociándose a ella D. Bruno Landete, D. Fermín de Vargas, D. José Cambor y el religioso franciscano Diego García, aparte de los ya citados Valenzuela y el dibujante. El 18 de septiembre de 1783 recibió el religioso mencionado un orden del Virrey para que vigilase a los trabajadores de la quina, aprovechando además la oportunidad con el fin de recoger objetos de Historia Natural destinados al Jardín Botánico y al Museo de Madrid. Inútil parece advertir que la Expedición obtuvo

grandes frutos de semejante acuerdo. En efecto: dicho Padre recorrió las provincias de Muzo, Llano Grande, Río Hacha, Valle de Upar, Ocaña, Cartagena, Mariquita, Neyba, La Plata, Santa María y territorio de los Andaquíes. Siete años invirtió en estas comisiones, que proporcionaron material abundantísimo a los establecimientos mencionados. La marcha de la Expedición fué próspera en un principio; pero muy pronto se interpusieron algunos obstáculos, que causaron a su director bastantes contrariedades. En 1784 fueron baja, por enfermedad, D. Eloy Valenzuela y el dibujante García, ausentándose también D. Pedro Fermín de Vargas, elemento muy valioso. Dos pintores enviados de España fracasaron por varias causas, viéndose Mutis en la precisión de gestionar la venida de cinco desde Quito. Dieron un resultado altamente satisfactorio, pero enfermaron todos, siguiendo Mutis la misma suerte. Tal era el estado de la Expedición en 1789.

Una vez más acudió Mutis a la Escuela de Quito, consiguiendo que viniesen a Mariquita otros cinco pintores, en sustitución de los enfermos, y con éstos reanudó los trabajos, ya repuesto de su dolencia. Tenía entonces la Expedición un jardín botánico, gabinete de Historia Natural y biblioteca. Mutis hacía frecuentes excursiones, acompañado de colectores y herbolarios, que recogían bajo su dirección las plantas, insectos, etcétera, preparándolos cuidadosamente. Las tareas marchaban con el mayor entusiasmo, trabajando en silencio los pintores hasta nueve horas diarias. Sin embargo, un peligro, que infundía a Mutis una zozobra continua, era el temor a un incendio ante la nube de cohetes disparados en Mariquita con motivo de sus frecuentes fiestas. Preocupó tanto al jefe de la Expedición este peligro, que tomó la resolución de trasladarse a Bogotá con el personal y efectos correspondientes, llevándolo a cabo en 1791. Aquí encontró Mutis valiosos auxiliares en D. Jorge Tadeo Lozano y D. Francisco de Cea. También se le asociaron sus dos sobrinos José y Sinfороso Mutis. La Expedición entró con tal motivo en una fase de gran desarrollo y prosperidad, convirtiéndose en centro de cultura científica. Llegaron a trabajar reunidos hasta 14 pintores. Sin embargo, la permanencia de Cea y de Sinfороso no se prolongó mucho. Ambos vinieron a España por causas que omitiremos aquí, perdiendo bastante con ello los

intereses de aquélla. Felizmente vino a sustituirles, pocos años después, un joven de condiciones excepcionales, que trabajó por la Expedición tal vez más que ningún otro. Llamábase D. Francisco José de Caldas y era natural de Popayán, de Nueva Granada. Había hecho sus primeros estudios en su pueblo natal y después en Santa Fe. "A los dieciséis años—dice él mismo—vi unas figuras de Geometría y unos globos y sentí una vehemente inclinación a estas cosas. Por fortuna, me tocó un catedrático ilustrado, que detestaba una jerga escolástica que ha corrompido los más bellos entendimientos. Me apliqué bajo su dirección al estudio de la Aritmética, Geometría, Trigonometría, Álgebra y Física experimental, porque nuestro curso de Filosofía fué verdaderamente un curso de Física y de Matemáticas."

Caldas dió principio a la carrera de Leyes en Santa Fe de Bogotá; pero decidió abandonarla por no sentir la menor afición hacia ella. Resolvió, pues, dedicarse a las Ciencias Naturales, y así lo hizo, con todo el entusiasmo de un apasionado. Las enseñanzas de Mutis y algunos libros de que pudo disponer fueron suficientes para que la viveza de su ingenio y el trabajo constante le hiciesen dominar con gran maestría dichas Ciencias.

En 1801 comenzó Caldas sus exploraciones científicas por las montañas del Ecuador, estimulado por Mutis, quien le proporcionó libros e instrumentos. Los trabajos realizados por aquél aparecen enumerados en el siguiente documento, redactado por él mismo:

"El resumen de todos mis trabajos hechos desde 1802 hasta fines de 1805 se reduce a un herbario respetable de cinco a seis mil esqueletos, disecados en medio de las angustias y de la velocidad de un viaje; dos volúmenes de descripciones; muchos diseños de las plantas más notables, hechos de mi propia mano, porque no se me quiso dar ni aun un pintor; semillas; cortezas de las útiles; algunos minerales; el material necesario para formar la carta geográfica del Virreinato, los necesarios para la carta botánica, para la carta zoográfica; los perfiles de los Andes en más de 90°; la altura geométrica de las montañas más célebres; más de 1.500 alturas de los diferentes pueblos y montañas, deducidas barométricamente; un número prodigioso de observaciones meteorológicas; dos volúmenes de observaciones as-

trónicas y magnéticas: algunos animales y aves. Con este material, contenido en 16 cargas, me presenté a Mutis."

Mutis siguió dirigiendo las tareas de la Expedición hasta su fallecimiento. Había dispuesto, algunos meses antes de ocurrir, que Sinforoso corriese con todo lo relativo a la parte botánica, y Caldas con la jefatura del Observatorio Astronómico; mas éste sufrió gran decepción, pues, fundado en algunas promesas de Mutis, se creyó con más derecho que Sinforoso a dirigir lo relativo a las plantas. De todos modos, la Expedición experimentó gran decadencia, paralizándose poco después a causa de las perturbaciones políticas. La obra de D. José Celestino Mutis había llegado a su término. ¿Qué juicio debemos formar de ella? Desde luego, debemos confesar que los frutos obtenidos no correspondieron en modo alguno ni a los gastos invertidos en sostenerla ni a los esfuerzos de su director. La *Historia Natural de Nueva Granada* quedó en proyecto, sin que viese la luz pública ni aun la parte botánica. El Gobierno español reclamó varias veces a D. José Celestino el envío a Madrid de la esperada "Flora de Bogotá", mas ésta no fué remitida. Se dijo que Mutis tenía dispuestos y acabados varios tomos de la misma, pero no han sido encontrados hasta el presente. El *Arcaño de la quina*, fragmentos de algunos diarios y las *Observaciones sobre las vigiliás y sueños de las plantas*, es todo lo que hasta hoy conocemos del director de la Expedición Botánica de Nueva Granada. La *Historia de los árboles de la Quina*, que se conserva en nuestro Jardín Botánico, fué ya, en su mayor parte, obra de don Sinforoso.

Indudablemente Mutis debió dejar otros manuscritos, tanto de Medicina como de Ciencias Naturales, pero se han extraviado. De todas maneras, los resultados científicos de la Expedición Botánica de Nueva Granada han sido muy escasos. ¿Qué factores influyeron en ello? En primer lugar, la tardanza en establecer la expedición. Veinte años antes Mutis hubiese llevado a feliz término su proyecto de *Historia Natural de Nueva Granada*. En segundo lugar, la multiplicidad de atenciones y cuidados que pesaron sobre aquél, y muy especialmente sus tareas médicas, y, por último, el cambio frecuente del personal adscrito a la Expedición. Los individuos que auxiliaron a Mutis estaban dotados de buenas cualidades; mas, por causas

diversas, no perseveraron en su labor: de aquí el que resultase ésta poco fructífera.

Tales son, a nuestro parecer, las causas principales que vinieron a esterilizar, al menos en gran parte, los trabajos de la Expedición Botánica de Nueva Granada. Ahora bien: ¿qué papel desempeñó Mutis en este virreinato?, ¿qué méritos avaloran y realzan su figura? Pues muchos, muy variados y de una importancia excepcional. Mutis lo fué todo en aquel país: fué el sacerdote ejemplar, fué el médico experto y abnegado, fué el maestro y el pedagogo que despertó inteligencias e infundió alientos y entusiasmos en los corazones, y fué el propulsor de todas las actividades, de las científicas y artísticas, de la higiene, del comercio y de la industria, y todo esto avalado por una vida intachable, por una inteligencia privilegiada, por una cultura extensa y profunda y por un desinterés verdaderamente apostólico. Y en este aspecto, la campaña llevada por él a cabo fué de resultados mil veces más beneficiosos que aquellos otros que hubiese producido la *Historia Natural de América*.

Al organizar hoy esta Academia de Farmacia el homenaje a D. José Celestino Mutis ha querido rendir un tributo de admiración y de reverencia a la virtud y al saber, tan admirablemente personificados en la excelsa figura de que acabo de ocuparme. Yo la felicito efusivamente por ello, lamentando que no haya confiado el papel que desempeñó a otra persona más apta.

He dicho.